

La manzana flechada

Al rescate por la dignidad de la mujer

Martha Chapa

Soy una mujer total, de vida plena, que disfruta al serlo. Creo en la pareja, en la apasionada presencia de mi compañero; en consecuencia, gozo mi total realización. Por supuesto soy feminista; promuevo la realización personal de todas las mujeres. Me empeño, trabajo, me desvelo por ser ejemplo, para mi género, de cómo alcanzar el éxito sin traicionar la identidad propia de nuestro sexo; sin permitir humillaciones pero sin abdicar de las potencialidades que la naturaleza nos dio; sin depender de la voluntad omnímoda del hombre pero aprestándonos para ser protagonistas y artífices de la historia.

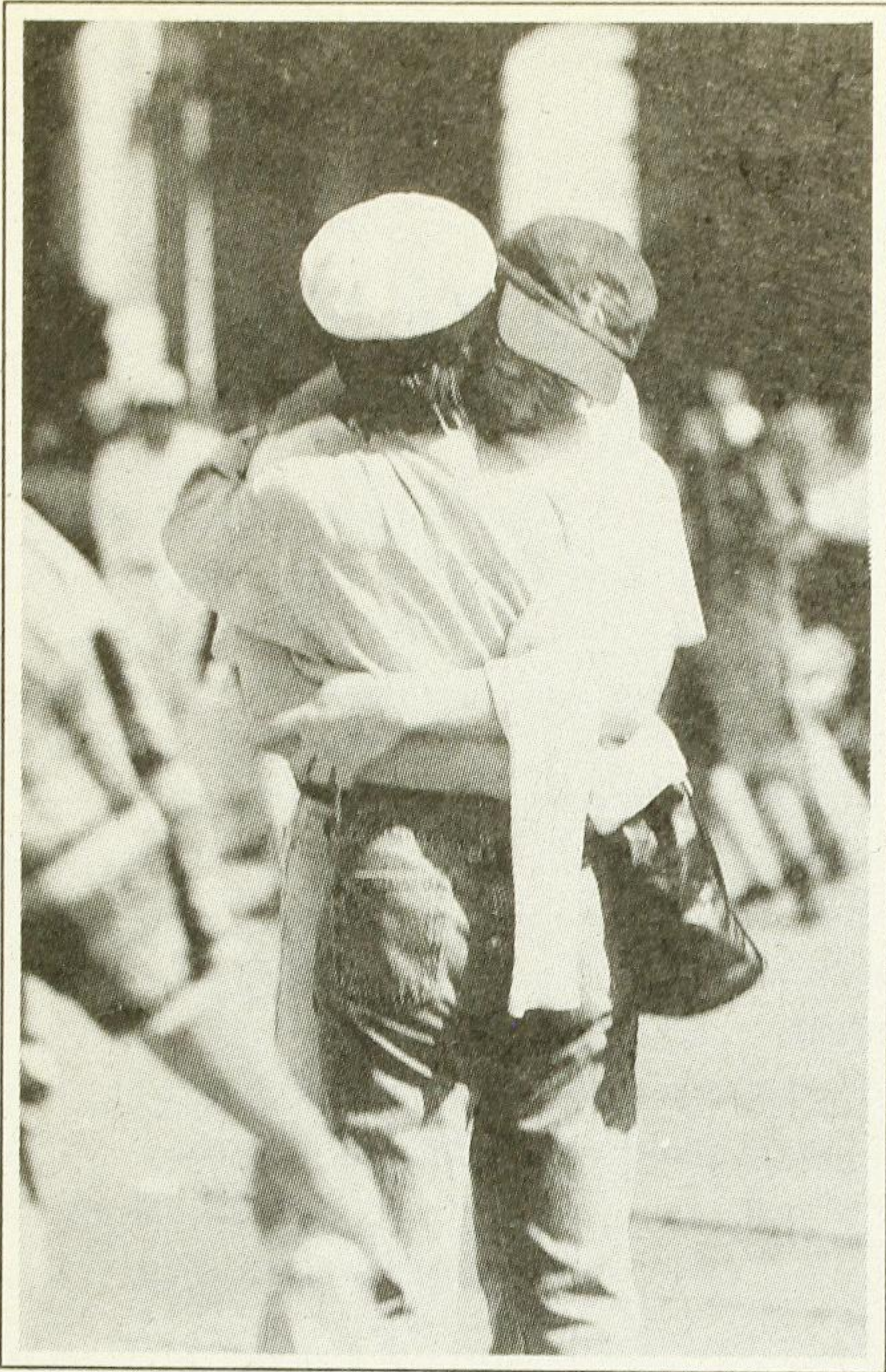
Si he dedicado mi vida a construir, con esfuerzo, un ejemplo permanente, fundamentalmente para las mujeres, tengo que rechazar a mis congéneres que no saben vivir su soltería, que se aterran con su viudez, que olvidan la dignidad en su divorcio y hasta se suicidan por un abandono cuando pierden la potestad que quizá les correspondía con respecto a su hombre, macho o intermedio. Seres que

simplemente no conocen la introspección y que, desperdiciando sus inmensas posibilidades para ser ejemplares, creativos, se dedican con envidiable ahínco a verter públicamente sus desesperanzas y vomitar sus rencores, decepciones y odios. Para ello utilizan la denuncia, la acusación, el secreto revelado; explotan la compasión y, más aún, el morbo de la gente, recreando historias que deberían callar por obligación moral.

Nos estamos llenando de libros, folletos, artículos, panfletos, de teórica denuncia; fraguados con la mano temblorosa, la boca amarga, la obnubilación y desvarío calenturientos, posiblemente dictados por el recuerdo tanto de noches amatorias, eróticas, como de ausencias o despechos continuados; probablemente de desapegos faltos de amor o de virilidad, pero que debieron tener como respuesta la rebeldía digna



Daniel Correa Rojo



a tiempo, la despedida inevitable que no se consumó por razones vergonzosas, como es el simple interés económico o el poder que les daba permanecer junto a su hombre. En otros casos, la razón es aún más triste: las autoras estuvieron tan afiliadas a una concupiscencia casi viciosa, que no se atrevieron a poner un hasta aquí al objeto de su odio; pero cuando de pronto se encuentran con la despedida no la soportan, y se dedican con todas sus fuerzas a denostarlo, sin darse cuenta de que están haciendo pública su miseria como mujeres, que nos están lesionando a todas.

He tenido recientemente en mis manos, libros que tratan de ser simpáticos para difrazar su verdadero propósito; libros que provocan curiosidad por conocer los secretos de alcoba —o de comedor— de los poderosos, pero que ya leídos resultan un fiasco. Las autoras buscan su consagración literaria complementando la publicación de sus confesiones con entrevistas lastimosas en las que no desaprovechan la oportunidad de mencionar los nombres de sus exesposos, haciendo picosas sugerencias sobre su sometimiento ignominioso al príncipe o sobre su comportamiento cuestionable (tratando que se adivine su homosexualidad y también su falta de carácter para acceder

a destinos mayores).

Está de moda que los políticos desocupados tomen por asalto el género literario; se les encuentra generalmente en las páginas editoriales de los diarios, haciendo un gran esfuerzo por expresarse inteligentemente, sin decir nada para no comprometerse; abordan temas inocuos, planos, y esperan que los lean los personeros del mandamás para que los llamen; presentan libros por doquier, procuran que los acompañe Monsiváis —que es muy taquillero— o Andrés Henestrosa, incluso escultores o caricaturistas, lo importante es incrustarse en la narrativa mexicana del siglo que comienza. Obviamente, las desesperadas de las que hablé antes también se han soltado el chongo para escribir sus *best sellers* de estanquillo e irrumpir en la sociedad mexicana con su canto a la ignominia.

Las hay que han mostrado con orgullo su relación pecaminosa, paseándose por las plazas políticas y sociales con aires de Borgias redivivas; deseando provocar la envidia de las recatadas —o cumplidas— cuando el sedicente enamorado mira lascivamente a su senil doncella, sin saber que se le nota cansado o aburrido de la representación. Cuando el Romeo adorado se fatiga —y por razones lógicas emigra hacia otros horizontes— ellas pierden compostura y exhiben públicamente su infinita rabia, salpicando todo su entorno con el negro lodo de su amargura.

Llamo a las mujeres al rescate de su dignidad. El varón que se va no merecía nuestra entrega, quizá envidiaba nuestras dotes. Cuando el hombre se marcha, acomplejado u ofendido, discute hasta la pensión alimenticia de los hijos; despoja a la mujer del patrimonio que construyeron juntos. Es la oportunidad de exaltar nuestros valores, no de exponer nuestras miserias; es la oportunidad que la vida nos da para conocer nuestros alcances, para engrandecer nuestra persona. Quien parte nos deja experiencias que deben aprovecharse; no las hay malas pero nosotros podemos hacerlas.

Las invito a que marchemos, al despuntar el nuevo siglo, en busca del destino que ya se adivina. Poseemos mayor resistencia al dolor que los hombres; somos más cumplidas, más tenaces, más emprendedoras; caemos menos en los vicios. Ahora seamos más dignas y con ello asumamos en la sociedad el papel conductor que nos corresponde. Conozcamos nuestros infinitos alcances para no rendir la plaza, y acometamos la tarea de dirigir el mundo. *Rotmi*